

Europa en su historia

Carlos López Rodríguez

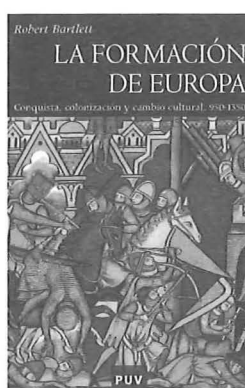
Entre 1950 y 1989, se escribieron muchas páginas dedicadas a explicar los orígenes y las causas de las diferentes estructuras políticas y sociales del Oeste y del Este de Europa, que algunos autores remontaron a la Edad Media. Caído el Muro de Berlín, la Europa central y oriental se ha incorporado a las corrientes historiográficas occidentales, y los historiadores de este lado del muro han cambiado sus puntos de vista acerca de la antigua Europa comunista. Todo ello ha ocurrido en el marco del largo proceso de ampliación de la Unión Europea hacia el Este iniciado a partir de 1989, cuyo alcance territorial y contenido político suscitó vivos debates. En ese contexto se escribió en 1993 oportunamente el libro de Robert Bartlett. Oportunidad, no oportunismo. Porque el rigor conceptual y metodológico del que hace gala le permitirá sobrevivir durante largos años a los avatares de las circunstancias políticas y culturales en las cuales ha nacido. Lo deja ver su traducción al castellano, hecha ahora a los diez años de su primera edición inglesa.

Como lo indican sus expresivos título y subtítulo, el autor declara su intención de superar la vieja dicotomía historiográfica de la guerra fría entre la Europa occidental y oriental. «Europa constituye una región tanto como una idea»: con estas palabras, que abren el libro, se sintetizan los materiales del pilar conceptual sobre el cual se asienta un edificio interpretativo audaz y brillante, sólidamente cimentado sobre un dominio magistral de las fuentes docu-

mentales. Considerados los procesos de conquista, colonización y cambio cultural por medio de emigrantes desde un centro hacia las periferias del continente entre los años 950 y 1350 como elementos clave en el proceso de formación de Europa, Bartlett -con un estilo ágil, conciso y ameno- pasa revista a fenómenos históricos de la historia medieval europea bien conocidos pero que adquieren una articulación y una perspectiva nueva: la cristianización de las periferias europeas y la diáspora aristocrática por el continente como motores de la expansión, la influencia de la tecnología militar, la colonización y roturación del territorio, los nuevos paisajes agrarios, la fundación de ciudades coloniales, los procesos de aculturación y de convivencia entre etnias y lenguas. Al interrogarse sobre la formación de Europa, considerada como un todo, y buscar sus orígenes en esta expansión colonial de la Europa latina durante la Plena Edad Media, Bartlett cree encontrar los

fundamentos de una sociedad expansiva y homogénea como la europea, que fue creándose por los efectos de este proceso y que, por lo tanto, tenía una profunda experiencia en empresas coloniales antes de 1492, lo que la hacía ya promotora de los principales episodios de conquista, colonización y transformación cultural que ha conocido el mundo.

Esta reseña se escribe mientras los europeos asistimos, atónitos, al fracaso de la cumbre europea de Bruselas celebrada en diciembre de 2003. El drama metodológico de la historiografía y de los historiadores contemporáneos radica en que, reclamándose de un método científico a imagen y semejanza de las ciencias naturales, el observador, a diferencia de la posición que adopta en éstas, forma un todo con la ma-



Robert Bartlett,
La formación de Europa. Conquista, colonización y cambio cultural, 950-1350.
València/Granada: Universitat de València/Universidad de Granada, 2003. 469 págs.

teria observada sin poder sustraerse a ella. Si la Historia es una ciencia o si priman en ella unos componentes tan fuertemente ideológicos que la invalidan como tal, constituye un tema de discusión recurrente entre los historiadores. Bartlett pone en el frontispicio de su excelente libro una expresiva cita de Hugo de San Víctor: *Historia est rerum gestarum narratio*. Toda una declaración de intenciones epistemológicas. *Res gestae*: en los autores clásicos, tiene el significado de hazañas, proezas, hechos gloriosos. La historia es una narración de los hechos gloriosos que, en los viejos historiadores, tiene la finalidad de crear una conciencia –étnica, familiar, dinástica, nacional, de clase, de grupo, cívica– compartida por un conjunto de individuos a los que aglutina en torno a un mito fundacional común o a unos fines sociales compartidos. Al operar al modo de las viejas historias nacionales, Bartlett coadyuva a su manera a la creación de una conciencia europea común, como se esperarí­a de una sociedad que el autor considera homogénea por haber surgido de un mismo proceso histórico retroalimentado y caracterizado por la conquista y el cambio cultural acaecidos entre los siglos X al XIV. La Europa en formación de Bartlett –no lo oculta desde sus primeras páginas– es la Europa occidental ampliada, sin Rusia, sin los Balcanes y sin Turquía (en palabras del autor, sin la Europa griega ortodoxa ni pagana), límites que coinciden aproximadamente con la Europa de 25 estados de la última ampliación y con la Europa cristiana que se quiere consagrar en la Constitución europea. ¡Extraña región y extraña idea esta Europa que ni tiene límites territoriales bien definidos ni acaso sea factible como proyecto político! Hoy como en 1993, fecha de la primera edición inglesa del libro que venimos comentando, se está cuestionando la extensión y la dirección de la Unión. Hoy, como hace diez años, esta

obra excepcional debería contribuir a esta discusión. Demuestra así que la Historia no es una simple curiosidad de anticuario sino una herramienta intelectual de primer orden para el debate político. Bartlett centra su análisis en los últimos países ingresados en la comunidad europea: la Península Ibérica, la Europa del Norte, central y oriental. En su libro, el proceso de formación de Europa en la Plena Edad Media se hace eco de la dinámica del eje franco-alemán (más el apéndice inglés), y de las repercusiones de la colonización de la periferia del continente en la Europa central y anglosajona, esto es, en las regiones fundadoras de la vieja CEE. Pero la aplicación anacrónica de un modelo de análisis basado en la tensión entre este centro y sus periferias (el resto del continente), si bien enriquece la reflexión historiográfica y política, no acaba de ser plenamente operativa, como ocurre, por citar sólo un ejemplo, a propósito del papel desempeñado por Roma y el papado. Para Bartlett, y en sus palabras, Europa fue el producto contradictorio del Otro, el resultado de una colonización exitosa de su periferia por parte de una Europa latina cuyo centro –preste el lector atención a esta paradoja y saque sus propias conclusiones– no fue la Europa mediterránea. Pudo ser así. O pudo ocurrir que creciera por los márgenes del mundo, allá por donde no encontró sociedades más poderosas política, militar o culturalmente, sino un medio aún más primitivo (en el Norte y Este de Europa) o degradado en su organización (como en el Sur de la Península Ibérica). Europa era en la Plena Edad Media un rincón marginal del mundo, una zona demasiado pobre y salvaje, enfrentada a civilizaciones material y políticamente muy superiores, contra las cuales poco pudo, como lo dejan de manifiesto los repetidos fracasos de las Cruzadas para incorporar la Tierra Santa de modo definitivo, la estrepitosa caída de

Constantinopla con la que acaba la Edad Media, o el hecho de que tardara varios siglos en culminar el proceso de conquista y colonización de un territorio comparativamente poco extenso (tanto en el caso de la Península Ibérica como en el de Europa del Norte, central y oriental). Era una región demasiado alejada de los centros vitales, de las grandes civilizaciones del Medio y Lejano Oriente, de los poderosos imperios del Asia central. Precisamente, su falta de unidad, la multiplicidad de centros (frente a una interpretación como la de Barlett basada en una dinámica unidireccional entre un centro y su periferia), explica en parte el dinamismo de las sociedades europeas de fines de la Edad Media. No se entendería del todo la posición imperial de la Monarquía Hispánica durante la Edad Moderna si el único centro de aquel mundo en expansión hubiera sido el corazón del viejo imperio franco de Carlomagno, es decir, lo que hoy conocemos como eje franco-alemán.

Son comentarios acaso un tanto circunstanciales ante un libro cuyo mayor interés radica en la multitud de interrogantes y cuestiones historiográficas que plantea a partir de su hipótesis central. Es en estos intentos ambiciosos de comprensión y explicación de la historia europea y de su dinámica donde la obra de Bartlett ofrece una invitación a la reflexión, a la crítica, y a gratos momentos de placer intelectual. Estamos ante un gran trabajo hecho a la antigua usanza (interpretaciones de historia universal sostenidas por una amplia base documental leída de primera mano y con profundidad) que tendrá sus detractores y sus partidarios, pero al cual no puede negarse originalidad, brillantez, interés, rigor erudito y amplitud desde todos los puntos de vista: geográfico, cronológico, de fuentes y de líneas interpretativas. Por esto, y por su ambición, es también un libro envidiable y triste para un lector español. Basta con re-

pasar la impresionante relación de fuentes documentales utilizadas, todas ellas impresas, para comprender que es una obra difícilmente realizable en España, donde es extraño que pueda cuajar esa concurrencia de instituciones académicas y culturales -tan característica de los países anglosajones- interesadas en financiar una investigación básica de largo alcance en un campo con tan escasa proyección pública y comercial como es la Historia. Pero no sólo la aleja del alcance de la historiografía española esta posibilidad de consultar y visitar bibliotecas bien provistas, de acopiar los materiales necesarios para una investigación ambiciosa. También la amplitud de miras que conlleva afrontar un estudio de historia comparada de ámbito universal con rigor conceptual y metodológico, y con un dominio apabullante de una documentación que procede de regiones muy diversas del continente. Esta vocación universal choca con el «cantonalismo» y el «localismo» en el que parece sumido el medievalismo hispánico, y acrecienta su interés para un lector español.

Por último, merecen una mención elogiosa la cuidada traducción a un pulcro castellano realizada por Ana Rodríguez López, y la calidez de una edición atenta a los detalles, que hacen la lectura más cómoda y agradable.

Carlos López Rodríguez es director del Archivo de la Corona de Aragón